# Evangelismo en medio de la tribulación

LA PRIMAVERA DE 2009 llegó a mi vida con el trágico diagnóstico de cáncer. Por antecedentes familiares había pasado por mi mente como una posibilidad padecerlo; «pero no ahora», me decía a mí misma, pues tengo muchos planes. Además, debía ocuparme de mis hijos adolescentes y los tratamientos eran molestos e inaccesibles en la ciudad donde vivía. Parecía que todo estaba en mi contra. Maravillosamente Dios se ocupó de arreglar las cosas, no solo para mi bien sino para que otras personas tuvieran la oportunidad de conocerlo.

Fue así como, apoyada por una tía que también ama a nuestro Dios, inicié mí tratamiento en la ciudad de Guadalajara. Allí, en la antesala de quimioterapia conocí a Teresa, que también padecía de cáncer. Con una gran tristeza marcada en su rostro, cabizbaja y callada, retenía sus lágrimas y apretaba sus puños cuando me dirigí a ella:

—¡Hola! —le dije—. Ciertamente duele pero Dios le ayudará a soportarlo.

Levantando su mirada me contestó:

—Tú no sabes. Vengo sola, mis hijas tienen sus trabajos, mi esposo estaría feliz sin mí, y Dios no me ayuda. Ya ni creo en él. Esta es mi cuarta sesión de quimioterapia y no veo mejoría alguna.

Su desánimo era evidente. Sin embargo, mientras ella se quejaba yo pedía al Todopoderoso las palabras adecuadas para hablarle de mi Dios, quien a cada momento me demostraba cuánto me amaba y lo importante que yo era ante sus ojos. Sin dudar se lo hice saber. Le dije que como yo, ella era muy importante para Dios. Que me permitiera orar por ella y con ella. Accedió a mi pedido y después de orar suspiró. Y no es que yo no me sintiera mal también, pero hay una gran diferencia cuando conocemos, amamos y confiamos en nuestro Padre celestial ante quien podemos llorar y depositar nuestras aflicciones y, así, nos gozarnos incluso en la tribulación. A partir de entonces nos veíamos en cada tratamiento.

Teresa se resistía a creer en el poder de Dios. Su desánimo era tal que me confesó que sería feliz si un día no despertara. Yo no perdía tiempo y oportunidad para hablarle del amor de Dios hacia ella y hacia quien estuviera a mi lado, regalar revistas *Enfoque* y libros devocionales de años anteriores, así como decirles que la mejor alimentación era la que Dios había indicado en el Edén: frutas y verduras.

Llegó el invierno, y tras siete meses de tratamiento iniciamos las radioterapias. El desánimo de Teresa no cedía, y cada vez que me veía me preguntaba por qué mi semblante estaba siempre alegre y mi color no era como el de otros pacientes.

— Siempre tienes palabras de ánimo para los demás —me decía.

Yo le contestaba que no era yo la que producía ese resultado en mí, sino que Dios es el que hacía todo en mi favor. Entonces la invitaba a creer en él, a confiar en él y a derramar su alma ante él: tristeza, dolor, frustraciones, todo, pidiéndole por la restauración de su salud.

—Permítame orar cada día por usted, —le dije—. Usted también lo va a hacer y podrá comprobar la existencia de mi Dios.

Para gloria de Dios ella aceptó y desde ese momento quedó en mi lista de oración. Cuando terminé mis tratamientos regresé a mi lugar de residencia actual y, por un tiempo, me fue imposible contactarla. Sin embargo, seguí orando. Tres meses después, cuando volví a Guadalajara para análisis y control pedí a Dios que me diera la oportunidad de encontrarla. Un poco desanimada por no verla en el interior del Instituto de Cancerología salí para retirarme, agradeciendo al Señor por encontrarme totalmente sin rastros de la enfermedad: ¡otro milagro para gloria de Dios!

Había caminado media cuadra cuando nos detuvimos mi tía y yo a guardar los análisis, y alguien nos pidió permiso para pasar. Al levantar la vista vi que la persona frente a mí no era otra que Teresa.

—Tere, ¿es usted? —le dije.

Se detuvo, me miró y me abrazo fuertemente,

—Sí, soy yo. No me parezco, ¿verdad?

En verdad, su rostro lucía radiante con la cabeza erguida, su corto pelo ondulado y bien arreglado. Sonrió felizmente cuando le dije;

—Tere, cada día he orado por usted en la mañana y en la noche, y juntas estamos comprobando las maravillas de Dios. ¿Verdad que sí existe?

— ¡Claro que existe! —contestó con gran seguridad —. Déjeme decirle que cada día yo he sentido sus oraciones.

Aproveché para tomar sus datos personales y no perder contacto con ella nuevamente. Le ofrecí seguir conociendo a nuestro Dios, que ya lo consideraba su Salvador para este momento. Me dijo que su mamá había enfermado y que ella la estaba atendiendo, comprobando que cuidando de su madre y orando con ella había olvidado muchos de sus propios pesares. Algún día me dirá cómo es que sintió la presencia de mis oraciones.

Invito a todos ustedes, no importa dónde o cómo estemos, mirar a nuestro alrededor pues siempre hay personas con necesidad de escuchar el mensaje de amor de nuestro Señor Jesús, y todos debemos ser un canal de bendición para quien está cerca de nosotros.

***Juana Rojas Moreno***
*Miembro de la iglesia Adventista*
*Ciudad de Poza Rica*
*Veracruz, México*

---